

### CAPITULO III

#### En la patria

La tarde de un domingo, día nebuloso y triste, pero muy propicio para los intereses de la religión y de la moral, el señor Arturo Clennam, recién llegado á Londres por la vía de Douvres, y hospedado en el hotel conocido con el nombre de *La niña de ojos azules*, se hallaba sentado junto á la ventana de un café de Ludgate-Hill.

El señor Clennam se entretenía en contar las campanadas de los relojes de las torres vecinas, y su tañido evocaba en él el recuerdo de una larga serie de domingos muy tristes.

—¡Que el cielo me perdone—murmuró,—y también á los que me hicieron cobrar horror á este día!

Parecía sin duda hallarse de nuevo en uno de los lígu-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

bres domingos de su infancia y de su vida de escolar, cuando un piquete de maestros le conducía tres veces á la iglesia en el espacio de veinticuatro horas. ¡Con qué gusto hubiera trocado los indigestos sermones que entonces le obligaban á oír, por una onza más de aquel carnero de calidad inferior que constituía la base de su régimen alimenticio! Clennam pensaba igualmente en las interminables fiestas de su juventud, cuando su madre, siempre con el rostro severo y el corazón inflexible, pasaba todo el día sentada delante de una gran Biblia, como si este libro fuera, entre todos los demás, el que se debía elegir para desechar el buen humor, los afectos naturales y las dulces relaciones de la familia. Clennam recordaba los insoportables domingos en que, triste y sombrío, debía permanecer sentado largas horas en su silla, alimentando en su corazón un sentimiento vengativo, y sin comprender el verdadero sentido de la saludable historia contenida en el Nuevo Testamento. No era posible que olvidase aquellos días eternos de amargura y de invencible aburrimiento.

—Dispense usted, caballero—dijo un mozo del establecimiento, limpiando la mesa;—¿quiere usted que se le prepare una habitación?

—Sí; precisamente iba á pedir una.

—¡Señora!—gritó el mozo,—este caballero desea un cuarto para dormir.

—Espere usted—replicó Clennam, interrumpiendo sus reflexiones;—no pensaba en lo que decía; he contestado maquinalmente, pues no dormiré aquí, si no en el hotel.

—Está muy bien, caballero.

El señor Clennam permaneció en el mismo sitio, contemplando las casas de enfrente, mientras el día declinaba, y pensando tal vez que si las almas incorpóreas de los antiguos habitantes hubieran podido volver á sus domicilios terrestres, se habrían creído muy desgraciadas por haber pasado su vida en semejantes prisiones. Poco después, al observar que comenzaban á encender los reverberos, levantóse, se abotonó el gabán hasta el cuello, y salió á la calle. En el campo, la lluvia le hubiera permitido disfrutar de mil frescos aromas, despertando cada gota en el espíritu del paseante la idea de la vegetación y de la vida; pero en la gran ciudad sólo pudo percibir esos miasmas infectos, esas emanaciones malsanas y repugnantes que se exhalan de las cloacas de Londres.

Clennam pasó por delante de la iglesia de San Pablo, dirigióse á las orillas del Támesis, y cruzó varias calles tortuosas,

que se inclinan más á medida que se hallan más próximas al río. Al fin llegó al sitio que buscaba, es decir, á una antigua casa de ladrillo, tan sombría, que desde lejos se hubiera dicho que era negra. Estaba completamente aislada y tenía delante un patio cuadrado donde crecían dos ó tres arbustos sobre un espacio cubierto de escaso césped; detrás de esta casa veíanse varios tejados y algunas ventanas muy largas y estrechas, indicando todo el conjunto que aquella era una antigua construcción, tanto más cuanto que estaba apuntalada con unas vigas gigantescas, en parte corroidas por la intemperie y ennegrecidas por el humo, las cuales servían de gimnasio á todos los gatos de la vecindad.

—¡Nada ha cambiado—murmuró el viajero,—deteniéndose para mirar á su alrededor; tan triste y sombría está ahora como entonces! ¡He ahí todavía, en la ventana de mi madre esa luz que, según creo, no ha dejado de arder nunca desde la época en que yo volvía del colegio, y arrastraba después mi maleta sobre ese pavimento. ¡Vaya, entremos de una vez!

Así diciendo, acercóse á la puerta, protegida en su parte superior por una especie de dosel de madera, con esculturas que representaban servilletas arrolladas y cabezas de niños hidrocefalos; apenas hubo llamado, oyéronse en el vestíbulo unos pasos lentos, y un instante después abrió la puerta un viejo, encorvado ya por la edad, pero cuyos ojos, muy vivos, tenían la mirada penetrante. Llevaba en la mano un candelero, que elevó á la altura de su cabeza para ver mejor al que llamaba.

—¡Ah! es usted, señor Arturo—dijo con cierta indiferencia, sin experimentar la menor emoción.—¿Con que ya estamos de vuelta? Entre usted.

Hízolo así Clennam, y cerró la puerta.

—Ha engordado usted bastante—dijo el viejo, volviéndose para mirar al recién venido y acercando la luz;—pero aun no vale tanto como su padre, ni menos su madre.

—¿Y cómo está mi madre?

—Siempre lo mismo; permanece en su cuarto cuando no le es forzoso guardar cama, y no ha salido de su habitación quince veces en quince años.

Acababan de entrar en un comedor pobre y mezquino: el anciano dejó el candelero sobre la mesa, y apoyando el codo derecho en la mano izquierda, comenzó á acariciarse la rufosa barba, con la vista fija en el visitante; Clennam le tendió la mano, y el viejo la estrechó fríamente; parecía preferir su cena, interrumpida un momento, y sentóse para continuarla.

—Me parece—dijo después de una pausa,—que á su madre no le agrada saber que ha viajado usted en domingo, señor Arturo.

—Supongo que no querrá usted que me vuelva.

—¡Oh! yo... yo no soy el amo. No se trata de lo que yo quiero; he servido de mediador entre los padres de usted durante muchos años, y no deseo serlo ahora otra vez entre usted y su madre.

—¿Quiere usted avisarle mi vuelta?

—Sí, señor Arturo, sí, ¡oh! seguramente. Voy á decirle que usted á vuelta. ¿Tendrá la bondad de esperar aquí un momento? Ya verá usted que nada ha cambiado en esta casa.

El anciano cogió otro candelero, encendió la vela y fué á desempeñar su comisión. Aquel hombre de escasa estatura y completamente calvo, vestía una levita negra con cuello alto, chaleco y pantalón de pana del mismo color y polainas, en cuyo traje, tanto podía tomársele por un dependiente de comercio como por un criado. Por único adorno llevaba un reloj, oculto en la profundidad del bolsillo destinado para este uso y sujeto por una cinta negra, de la cual pendía también una llave de cobre.

—¡Qué débil soy!—murmuró Arturo Clennam apenas se vio solo;—casi me da ganas de llorar esta glacial acogida, á mí, que nunca estuve acostumbrado á otra cosa, sabiendo muy bien que no debo esperar nada más.

Arturo Clennam no pudo reprimir una lágrima; pero esto fué sólo la debilidad pasajera de un hombre que había perdido sus ilusiones desde la infancia, aunque sin renunciar todavía á toda aspiración noble, á todas sus esperanzas. Una vez dominada su emoción, cogió el candelero y examinó el cuarto en que se hallaba. Ni uno solo de sus antiguos muebles había cambiado de lugar: los cuadros que representan *Las Siete plagas de Egipto* seguían adornando las paredes, sólo que estaban más deteriorados por efecto del humo y de las moscas, esas dos plagas de Londres; la vieja alacena ocupaba el mismo sitio, pero estaba vacía; más allá del comedor hallábase en el mismo estado el cuarto oscuro donde encerraban á Clennam cuando era niño, para castigarle; y sobre la chimenea estaba todavía el enorme reloj cuyo toque lúgubre había estremecido muchas veces al joven Arturo cuando se retardaba en sus lecciones.

No tardó en volver el anciano.

—Señor Arturo—le dijo,—voy delante para alumbrarle.

Clennam subió la escalera y entró con su guía en una alcoba oscura, cuyo pavimento se había hundido poco á poco: en un sofá negro, semejante á un ataúd, apoyada la espalda en cogín anguloso, que se hubiera podido comparar con el tajo de las ejecuciones capitales de la antigua época, hallábase sentada la madre de Clennam, vestida con su traje de viuda.

Los padres de Arturo, en cuanto éste podía recordar, habían vivido siempre en mala inteligencia; y recordaba, como si aún estuviera viéndolo, que muchas veces permanecían horas y horas silenciosos, vueltos de espaldas y sin mirarse.

La viuda dió un frío beso á su hijo, presentándole su mano rígida, cubierta en parte con un mitón de lana, é invitóle á sentarse junto á una mesita colocada delante del sofá. En la chimenea ardía el fuego, como había ardido día y noche por espacio de quince años; y junto á las cenizas calentábase una olla de hierro, la misma que se hubiera podido ver continuamente durante este largo período. En la habitación, mal aireada, percibíase un olor de tintura, que el calor del fuego hacía exhalar del crespón y de la tela del traje de la dama y de la sarga del sofá, que hacía quince años era una especie de lecho fúnebre para aquella mujer.

—Madre—dijo Arturo,—páreceme que todo esto no está conforme con las antiguas costumbres de usted.

—El mundo se ha reducido mucho para mí, Arturo—contestó la viuda, paseando una mirada á su alrededor;—se limita á esta habitación; y no es poca fortuna que haya renunciado á sus vanidades.

La presencia y la voz estridente y dura de su madre, ejercieron en Clennam la misma influencia de otro tiempo, y sintió despertarse en él la fría reserva y timidez de su infancia.

—¿No sale usted nunca de su cuarto, madre?—preguntó.

—A causa de mi reumatismo y de la debilidad nerviosa que me produce, he perdido el uso de las piernas, y de consiguiente no puedo salir de mi habitación; no he franqueado el umbral desde.... dile tú desde cuándo—añadió la viuda, fijando su mirada en una persona que estaba detrás.

—El día de Navidad hará doce años—contestó una voz cascada, que se oyó en la obscuridad detrás de la viuda.

—¿Es usted, Afiery?—preguntó Arturo, mirando en aquella dirección.

La voz cascada contestó afirmativamente, y un momento después dejöse ver en medio de la escasa claridad una mujer an-

ciana, que enviando con la mano un beso á Arturo, volvió á desaparecer.

—Aun me hallo en estado de atender á mis negocios—dijo la señora Clennam, señalando con el dedo un sillón de ruedas que estaba junto á un pupitre herméticamente cerrado;— y doy gracias al cielo por haberme concedido tan inestimable merced; pero no hablemos de asuntos hoy, que es día del Señor. Creo que hace mal tiempo, ¿eh?

—Sí, madre.

—¿Nieva?

—No, señora; advierta usted que estamos aun en el mes de Septiembre.

—Para mí todas las estaciones se asemejan—contestó la viuda con una especie de triste satisfacción.—Encerrada como estoy, no puedo distinguir el invierno del verano. El Señor se ha dignado someterme á esta prueba.

Con sus fríos ojos grises, su cabello del mismo color y su rostro impassible, de líneas tan rígidas como los pliegues de su papalina petrificada, hubiérase dicho que la influencia que igualaba las estaciones para aquella mujer sólo era un resultado natural de aquella que le impedía experimentar emoción alguna.

En la mesita veíanse dos ó tres libros, un pañuelo de mano, unas gafas, que la viuda se acababa de quitar, y un gran reloj de oro, de forma antigua: las miradas de la madre y del hijo se fijaron simultáneamente en este último objeto.

—Ya veo—dijo Arturo,—que el paquete que remití á usted al morir mi padre ha llegado sano y salvo.

—Efectivamente.

—Jamás había observado en mi padre tan ansiosa solicitud como la que manifestó al recordarme que remitiese á usted esta prenda sin dilación.

—Yo la guardo en memoria de tu padre.

—Hasta el último momento no me dió á conocer este deseo, y entonces, sólo pudo poner la mano encima del reloj y decirme: «Para tu madre.» Un minuto antes, creí que divagaba, como lo había hecho por espacio de varias horas, aunque al parecer sin padecimiento físico durante su corta enfermedad; pero de pronto le vi volverse en su lecho y tratar de abrir el reloj.

—¿Y no deliraba tu padre cuando hizo esto?—preguntó la viuda.

—No; sabía perfectamente lo que hacía en aquel momento.

La señora Clennam se encogió de hombros. ¿Sería para alejar el recuerdo del difunto, ó para refutar la opinión de su hijo? No era posible determinarlo.

—Después de morir mi padre—dijo Arturo,—yo mismo abrí el reloj, pensando que podría contener algún recuerdo, pero sólo encontré, como usted comprenderá, aquel antiguo redondel de seda bordado de perlas, que le remití, y que hallaría usted sin duda entre las dos tapas.

La señora Clennam hizo un gesto afirmativo y repuso:

—Ya hemos hablado bastante de negocios en el día del Señor.

Y volviéndose hacia la anciana Affery, añadió:

—Son las nueve.

La mujer de la voz cascada retiró al punto de la mesa todos los objetos, salió de la habitación, y volvió muy pronto con una bandeja que contenía algunos bizcochos y un rollo de manteca fresca, muy blanco y redondeado. El anciano criado, que hasta entonces había permanecido en pie junto á la puerta, mirando á la madre como antes mirara al hijo, durante toda la entrevista, salió al mismo tiempo, y después de una ausencia más prolongada, volvió con otra bandeja, en la que se veía una botella de Porto casi llena, la cual había ido á buscar sin duda á la bodega, á juzgar por su aparente cansancio, un limón, una azucarera, y una cajita llena de especias. Con ayuda de estos ingredientes y del agua contenida en la olla, llenó un gran vaso con una mezcla caliente y perfumada, medida con tan escrupulosa exactitud, como si se hubiese tratado de la receta de un médico. La señora Clennam sumergió en el líquido algunos bizcochos, mientras que Affery cubría de manteca otros, destinados también para la viuda. Cuando la inválida se los hubo comido todos, bebiéndose la mezcla, dió orden de retirar las dos bandejas, y se volvieron á colocar en la mesita los libros, la luz, el reloj, el pañuelo y las gafas. La señora Clennam se puso estas últimas y leyó varios pasajes de uno de los libros en voz alta, dura, irritada y estridente, pidiendo á Dios que todos sus enemigos personales fueran pasados á cuchillo, quemados vivos, atacados de la lepra y de la peste y exterminados completamente, hasta que sólo quedaran sus huesos reducidos á polvo. Al oír esto, Arturo creyó un momento volver á los años de su infancia, comprendiendo los sombríos horrores de las lecturas con que le preparaban á conciliar el sueño.

La señora Clennam cerró entonces el libro y concentróse en sí misma, con el rostro oculto entre las manos. El viejo hizo lo mismo, sin cambiar en lo demás de posición; y la anciana imitó sin duda á su señora en la obscuridad. Poco después la enferma se dispuso para acostarse.

—Buenas noches, Arturo—dijo;—Affery cuidará de que no te falte nada. No me estreches mucho la mano, porque la tengo dolorida.

Arturo tocó ligeramente el mitón de lana que cubría la mano de la viuda, y salió en pos del anciano y de su mujer; esta última le preguntó, apenas estuvieron solos en el comedor, si quería cenar.

—Nada de cena, Affery—contestó Arturo.

—No haga usted cumplidos—repuso Affery;—la perdiz que la señora debe comer mañana, está en la despensa, y es la primera de este año; diga usted una palabra y se la asamos al momento.

—No; he comido tarde y no tengo apetito.

—Entonces beba usted algo; le daremos un vaso de Porto; diré á Jeremías que usted me ha mandado subir una botella.

—No quiero beber tampoco.

—¡Oh! que ellos me hagan temblar no es una razón para que usted tiemble también. Ya tendrá usted la mitad de la fortuna, ¿eh?

—Sí, sí.

—Pues entonces, ¿qué ha de temer? Me parece que usted es malicioso ¿verdad?

Clennam hizo una señal afirmativa con la cabeza, como para complacer á la anciana.

—Entonces, haga usted juego cerrado, porque *ella* es terriblemente maliciosa, y se necesita uno que la iguale en este punto para atreverse á decirle una palabra; *él* también lo es muchísimo... y por eso *arregla* á la señora cuando le parece bien.

—¡Cómo! El marido de usted se atreve...

—¡Que sí se atreve! Le aseguro á usted que tiemblo de pies á cabeza cuando le oigo *arreglar* á la señora de la manera que lo hace. Mi marido, Jeremías Flintwinch, sabe dominar á la misma madre de usted; y por esto comprenderá que es hombre que lo entiende.

Al oír los pasos del anciano Jeremías que avanzaba hacia el comedor, Affery retrocedió hasta el ángulo más lejano de la habitación: aunque era mujer alta, de facciones duras, y to-

davía vigorosa, pareció doblegarse al oír que se aproximaba el viejecillo de mirada penetrante.

—¿Qué haces, Affery?—preguntó á su mujer al entrar.—¿En qué piensas? ¿no has podido encontrar alguna cosa para que el señor Arturo entretenga los dientes?

Clennam repitió su negativa.

—Muy bien—repuso el viejo;—pues entonces ve á prepararle la cama, y anda lista.

Jeremías tenía el cuello tan torcido, que las puntas del lazo de su corbata pendían generalmente debajo de una de sus orejas; su rudeza y su energía naturales, siempre en lucha con sus esfuerzos continuos para corregir este defecto, comunicaba á sus facciones un aspecto particular, como de hombre que habiéndose ahorcado cierto día hubiera seguido viviendo, aunque siempre con la cuerda fatal al cuello, cortada por una mano compasiva.

—Me parece que mañana tendrá usted palabras serias con su madre, Arturo—dijo Jeremías;—pues sospecha que al morir su padre renunció usted á los negocios. No creo que la cosa se arregle fácilmente.

—Empecé renunciando á todo por los negocios; ya era tiempo de renunciar á éstos también.

—Muy bien—repuso Jeremías, que evidentemente quería decir *muy mal*;—perfectamente; pero adviértole, Arturo, que no voy á servir de pantalla entre usted y su madre, como lo hice entre ella y su esposo. Pariente por aquí, pariente por allá, y yo siempre entre el yunque y el martillo. No quiero más.

—Pues no seré yo quien le invite á encargarse otra vez de tales funciones, Jeremías.

—Tanto mejor, pues me hubiera visto precisado á rehusar. En fin, basta, como dice su madre, cuando es el día del Señor. Affery, ¿no has encontrado aún lo que necesitas?

La mujer se ocupaba en buscar sábanas en el armario; Arturo Clennam se acercó para ayudarla, y cargando con ellas él mismo, siguió los pasos de Affery, después de haber dado las buenas noches al viejo.

Una vez franqueados todos los pisos de aquella antigua casa, mal ventilada y casi desierta, detuviéronse en una alcoba semejante á una buhardilla, más triste y lúgubre aun que todas las demás habitaciones; su único mobiliario consistía en algunas sillas muy viejas, una alfombra raída, una mesa y una cómoda rotas, un lavabo que parecía contar siglos, á juzgar por lo sucio y corroído, y, por último, una cama sin cor-

tinas, cuyas cuatro esculpidas columnas terminadas en punta, parecían más propias para empalar al que allí durmiese que no para servir de adorno.

Arturo abrió la larga ventana para contemplar el bosque de negras chimeneas desvencijadas y el color rojizo del cielo, que en otra época consideraba como el reflejo nocturno de aquella vecindad infernal, siempre presente en su joven espíritu, á donde quiera que fuese.

Sentóse después Clennam junto á la cama y miró fijamente á Affery, que extendía las sábanas.

—Usted no estaba casada cuando me marché—le dijo.

La mujer comunicó á su boca la forma necesaria para decir *no*, movió la cabeza é introdujo una almohada en su funda sin emitir palabra alguna.

—¿Y cómo ha sucedido esto?—preguntó Arturo.

—Ya puede usted comprender que fué cosa de Jeremías.

—Está bien: ya supongo que él lo propuso; pero ¿cómo aceptó usted? Jamás hubiera creído que se les podría ocurrir semejante enlace, ni á uno ni á otra.

—Tampoco yo—dijo la mujer de Jeremías.

—¿Pues cómo cambió de parecer?

—Yo no he cambiado de parecer.

Y como la mujer viese que Arturo seguía mirándola, cual si esperase alguna explicación, añadió:

—¿Cómo podía yo evitarlo?

—¡Que cómo podía usted evitarlo!

—Naturalmente—repuso la mujer de Jeremías;—yo no soy aquí nada, ni jamás hubiera pensado en ello, pues otras cosas tengo en qué ocuparme; pero *ella* se empeñó, molestándome de continuo y...

—¿Qué más?

—Pensé que era inútil reflexionar ni oponerse, pues cuando unas personas tan entendidas se empeñan en una cosa, al fin la consiguen. ¿Qué podía yo hacer?

—¿Con que fué mi madre quien proyectó ese casamiento?

—Dios le bendiga á usted por haberme evitado pronunciar su nombre—exclamó Affery.—Si ellos no hubiesen estado de acuerdo, ¿cree usted que se habría hecho la cosa? Jeremías nunca me había dirigido la menor insinuación, y por lo tanto no era de esperar su proposición después de vivir tantos años bajo el mismo techo. Cierta día me dijo: «Affery, óyeme una pregunta. ¿Qué piensas del apellido Flintwinch?»—¿Cómo



La Niña Dórrit

qué pienso? repuse admirada.—Sí, replicó; lo digo porque vas á tomarlo.—¡Yo!—No hay más, me dijo.

Affery acababa de extender una colcha de lana sobre el lecho, como indicando que había terminado su historia.

—Pero ¿qué más?—preguntó Arturo.

—Yo no podía oponerme. Jeremías me dijo: «Affery, es preciso que nos casemos, y voy á decirte por qué. *Ella* no está tan buena como antes, y le será necesario tener siempre alguna persona en su habitación; de modo que podremos permanecer constantemente á su lado sin que á nadie se le permita acercarse cuando no estemos allí. *Ella* está conforme, y si quieres ponerte el sombrero el lunes próximo, á las ocho de la mañana, será cosa hecha.»

—Adelante—dijo Clennam.

—Yo reflexionaba, pero Jeremías añadió al punto: «En cuanto á las amonestaciones, ya se ha comenzado á correrlas, y por eso te señalo el lunes próximo. *Ella* te hablará sobre el particular, y conviene que estés advertida, Affery.» El mismo día *ella* me dijo: «Parece que vas á casarte con Jeremías; me alegro mucho, y por supuesto, tú también; esto te conviene y á mí no puede menos de agradarme en las actuales circunstancias. Jeremías es un hombre sensato, digno de toda confianza, perseverante y piadoso.» ¿Qué podía yo contestar una vez llegadas las cosas á tal punto? Aunque se hubiese tratado de... un suicidio, en vez de una boda... lo mismo hubiera dado, porque no podía oponerme á dos personas tan entendidas.

—Tratándose de este asunto, bien lo creo.

—¡Oh! sí, bien puede usted creerlo; se lo aseguro.

—Y diga usted, Affery, ¿quién es esa niña que he visto en la habitación de mi madre?

—¡Una niña!

—Sí, una joven era la que he visto á su lado, casi oculta en un oscuro rincón.

—¡Ah! sí, la niña Dórrit. ¡Bah! es uno de los caprichos de *ella* (una de las singularidades de la mujer de Jeremías Flintwinch consistía en no querer llamar nunca por su nombre á la señora Clennam;) pero otras muchachas hay en el mundo que valen más. Apostaría á que ha olvidado usted ya hace mucho tiempo á su antigua novia.

—He sufrido demasiado por la separación que exigió mi madre, para haberla olvidado tan pronto. Me acuerdo mucho de ella.

—¿Tiene usted ahora otra?

—No.

—Pues voy á dar á usted una buena noticia: esa joven ha enviudado y está en muy buena posición; de modo que si quiere usted casarse con ella, nada se lo impide.

—¿Cómo ha sabido usted esto, Affery?

—Ellos son los que han hablado sobre el particular; pero... ¡chitón, que viene Jeremías!

Al decir esto Affery desapareció rápidamente.

La mujer de Jeremías acababa de proporcionar á Clennam la última hebra del tejido que se había formado poco á poco en su espíritu en aquel antiguo taller donde pasara su triste juventud, y que era la última que faltaba para completar la obra. La locura efímera de un amor de niño había penetrado en aquella obscura mansión, contribuyendo á acibarar la existencia de Arturo, más desesperado que si hubiese vivido en un castillo encantado. Si cuando estaba en Marsella, una semana antes, excitó su interés particularmente el rostro encantador de la joven de quien debió separarse con sentimiento, fué sobre todo por su semejanza, verdadera ó imaginaria, con el primer semblante cuyas facciones se grabaron en su imaginación.



#### CAPITULO IV

##### Un sueño de la señora Flintwinch

Cuando la mujer de Jeremías soñaba, hacía lo de distinto modo que el hijo de su anciana señora: aquella noche, pocas horas después de haberse separado de él, tuvo un sueño singular, tan semejante á la realidad, que no parecía sueño por ningún estilo. Veáse cómo sucedió.

La alcoba de los esposos Flintwinch estaba á pocos pasos de la que la señora Clennam ocupaba hacía tantos años, aunque las dos habitaciones no se hallaban en el mismo piso; la de dichos servidores estaba en un ángulo de la casa, al que se podía llegar franqueando seis ó siete escalones que iban á reunirse con la escalera principal, casi enfrente de la puerta de la señora Clennam. A decir verdad, la alcoba de los esposos Flintwinch no estaba al alcance de la voz del ama, pues las paredes y las puertas del antiguo edificio tenían mucho espesor; pero era fácil pasar de un cuarto á otro á todas horas, aunque fuese en traje de noche, sin temor á la tempera-

29087

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO



tura. A la cabecera del lecho de Affery veíase el cordón de una campanilla, cuya extremidad se ataba á la muñeca de la señora Clennam; de modo que apenas resonaba, la mujer de Jeremías saltaba del lecho y trasladábase á la habitación de la enferma aun antes de haberse despertado.

Después de haber dejado á su señora en cama, encendido la lamparilla y dado las buenas noches, la mujer de Jeremías se fué á acostar como de costumbre, sin que su esposo y dueño hubiese comparecido aún. ¡Pues bien! aunque al meterse en cama no pensó en él, como pretenden los psicólogos para explicar el mecanismo de los sueños, en el que Affery tuvo, se le figuró como héroe su marido.

Parecióle que se despertaba después de dormir algunas horas; vió que su esposo no estaba allí aun; y sin embargo, al mirar la vela, que había quedado encendida, y al medir el tiempo, á la manera de Alfredo el Grande, que aparentemente no tuvo otro reloj, pudo reconocer que había dormido largo tiempo. En su consecuencia habíase levantado, y después de echarse encima un peñador, y de calzar las zapatillas, bajó la escalera en busca de su esposo, cuya ausencia le daba mucho qué pensar.

La escalera era tan sólida, que la mujer de Jeremías pudo franquearla sin sufrir ninguna de esas desviaciones tan naturales en el que sueña; no saltó de arriba abajo, sino que franqueó un peldaño tras otro, orientándose con la barandilla, porque la luz acababa de apagarse. En uno de los ángulos del vestíbulo, detrás de la puerta de entrada, había un cuartito, semejante á la abertura de un pozo, y cuya estrecha ventana parecía una grieta.

En este cuartito brillaba una luz.

La mujer de Jeremías atravesó la antecámara, cuyo pavimento helaba sus pies, y miró á través de los enmohecidos goznes de la puerta entornada: esperaba hallar allí á su esposo dormido ó desmayado; pero no, vióle tranquilamente sentado ante una mesa, bien despierto y sano. Mas... ¡cieelos!... ¿Era posible lo que estaba viendo?... «El Señor me ampare!» murmuró la mujer, dejando escapar luego otras exclamaciones análogas.

El viejo Flintwinch despierto observaba á Flintwinch dormido; sentado junto á una mesita, tenía fija una mirada interrogadora en su imagen, que dormía enfrente, apoyada la barbilla en una mano, y roncando ruidosamente. El Flintwinch despierto miraba hacia el lado de la puerta; el Flintwinch

dormido estaba de perfil; el primero era el primitivo original; el segundo no era más que la copia.

Aunque aturdida, Affery sorprendió esta diferencia como hubiera podido distinguir la que existe entre un objeto material sensible al tacto, y la reflexión de él en un espejo.

Si la mujer hubiese podido dudar un solo instante que el Jeremías despierto era el suyo, la impaciencia natural de su caro esposo habría disipado toda incertidumbre sobre este punto. Jeremías buscó con la vista algún arma ofensiva, cogió las despabiladeras, y antes de cortar la torcida de la vela, descargó un golpe sobre el durmiente, como si hubiera querido traspasarle de parte á parte.

—¿Quién va? ¿Qué hay?—exclamó el durmiente, despertándose con aire sobresaltado.

Jeremías hizo un ademán amenazador con las despabiladeras, como indicando que de buena gana se las haría tragar, y entonces su compañero, despierto ya, añadió, restregándose los ojos:

—No sabía dónde estaba.

—¿Sabe usted que ha dormido ya dos horas?—replicó Jeremías, mirando su reloj.—¡Y dijo usted que un corto sueño le bastaría para descansar!

—Pues no he dormido mucho—replicó el otro.

—Son las dos y media de la madrugada—dijo el verdadero Jeremías refunfuñando.—¿Dónde tiene usted el sombrero, el pardesú y la caja?

—Todo está ahí—contestó el segundo Jeremías, poniéndose un tapabocas, con esa torpeza propia del que acaba de despertar.—Ahora acérqueme usted la manga del pardesú... ¡Ah! bien se conocé que ya no soy el joven de otro tiempo.

Y después de una pausa añadió:

—Me había prometido usted un vaso de vino para cuando hubiese descansado.

—¡Beba usted!—exclamó Jeremías,—y el diablo le lleve. No es esto lo que quería decir; beba usted y márchese.

Al pronunciar estas palabras cogió la misma botella de Porto de que ya hemos hablado, y trasladó parte de su contenido á un vaso.

—Es el vino de la señora, ¿eh?—preguntó el *fac-símile* de Jeremías, probando el vino, como hombre que lo entiende.—¡A su salud!—dijo, bebiendo un sorbo.

—A la salud del recién venido—añadió, bebiendo un poco más.

—Y á la salud de todos nuestros amigos ausentes—dijo, apurando el resto.

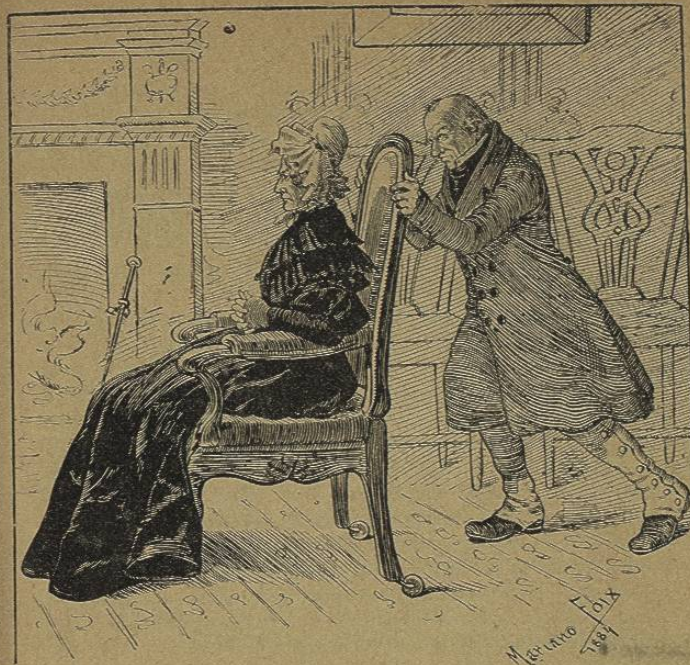
Después de haber dejado el vaso en la mesa, cogió un cofrecillo de hierro de unos dos pies cuadrados, y se lo colocó debajo del brazo. Jeremías vigilaba atentamente para cerciorarse de que su compañero podía llevarlo con seguridad, y dirigiéndole terribles amenazas al encargarle que tuviese cuidado con lo que hacía, adelantóse de puntillas hacia la puerta para abrirla de par en par. Affery, que había previsto esta salida, hallábase ya en la escalera. Lo demás pasó de una manera tan natural, que pudo ver cómo abría la puerta, sentir el aire fresco, y distinguir las estrellas que brillaban en el cielo.

Pero entonces fué el sueño más extraño. Infundíale tal temor su esposo, que permaneció en la escalera sin poder moverse para volver á su cuarto, lo cual era muy fácil hacer antes que Jeremías cerrase la puerta de la calle; y así es que cuando éste comenzó á subir para ir á acostarse, encontróse con Affery. Esto pareció extrañarle, mas no dijo una palabra, y fijando la vista en su mujer, prosiguió su camino. Affery, bajo la influencia de esta mirada, retrocedía mientras que él avanzaba; de modo que llegaron juntos á la alcoba. Una vez cerrada la puerta, el marido cogió á su mujer por el cuello, oprimiéndola de tal manera que por poco la estrangula.

—¡Hola, hola, señora Affery!—exclamó Jeremías con irritado acento.—¿Eres sonámbula? ¡Despiértate! ¿Qué te pasa?

—Es que... me sobrecoje...

—¡Ah, señora mía!... ¿Te has levantado dormida? Yo subo para acostarme, después de haberme dormido también abajo, y te encuentro en el peinador y presa de una pesadilla. Affery, amiga mía—añadió con una sonrisa extraña,—te advierto que si vuelves á soñar de tal manera, me probarás que necesitas alguna medicina; y te aseguro que te propinaré una buena dosis... ¡ya verás! ¡ya verás!



## CAPITULO V

### Negocios de familia

Al día siguiente, cuando los relojes de la Cité daban las nueve, la señora Clennam, sentada en su sillón de ruedas, fué colocada por Jeremías Flintwinch delante del gran pupitre; y cuando le hubo abierto, el viejecillo se retiró, presentándose al breve rato Arturo Clennam.

—¿Se encuentra usted mejor esta mañana, madre?—preguntó.

La viuda movió la cabeza con ese mismo aire de lúgubre satisfacción que había manifestado la víspera al hablar del tiempo.

—Nunca estaré mejor—dijo;—mas felizmente para mí, Arturo, ya lo sé, y estoy resignada.

Con las manos puestas sobre el gran pupitre que se elevaba ante ella, la viuda parecía (así lo pensó Clennam) estar tocan-